

## El trabajo de la Comunidad de Sant'Egidio en el campo del diálogo interreligioso

**Tíscar Espigares Pinilla \***

La Comunidad de Sant'Egidio, Asociación Internacional Pública de Laicos, es un movimiento eclesial nacido en Roma en 1968, en pleno clima post-conciliar. La escucha y la comunicación del Evangelio, que modelan una vida donde la oración y el amor a los pobres son pilares básicos, son el eje fundamental de la vida de esta Comunidad, hoy presente en más de setenta países del mundo. Desde el principio, Sant'Egidio ha querido ser una presencia en profundo diálogo con el mundo de hoy: con su complejidad, sus miserias, sus desilusiones y sus esperanzas, como propone la constitución conciliar *Gaudium et Spes*. En este sentido, Sant'Egidio cree profundamente en el enorme papel que las religiones pueden y deben desempeñar en este mundo como agentes de paz: agentes de paz a través de la práctica de la misericordia, a través del diálogo y a través de la posibilidad de transformar y renovar a los hombres y mujeres de todo tiempo.

Hoy vivimos en un mundo globalizado. En nuestro tiempo, personas de religiones, culturas y etnias diferentes viven juntas cada vez más. Es la experiencia que vivimos concretamente en Europa ante el desafío de la inmigración. Es el desafío de este mundo virtual en el que cada vez todos entramos más

en contacto y estamos destinados a relacionarnos con quien no es como nosotros. Es el desafío de un mundo-escapate en el que se ve todo, y cada vez más se ve la riqueza de pocos y la miseria de muchos. Las religiones, que viven en medio de comunidades locales, nacionales y universales, que hablan de Dios y que viven con los hombres, pueden ser una escuela de convivencia y de paz en un mundo marcado por la necesidad de vivir con quien es diferente de nosotros. El diálogo respetuoso entre las religiones puede abrir caminos para la convivencia pacífica en este mundo tan violento, donde la paz está amenazada por las guerras, el terrorismo y las muchas injusticias.

En el ámbito del diálogo interreligioso, la Comunidad de Sant'Egidio ha sentido la necesidad de hacer crecer el denominado "espíritu de Asís", ese acercamiento amigable y respetuoso de los diferentes mundos religiosos que dio su primer paso hace veinte años, cuando Juan Pablo II, intuyendo de forma profunda el vínculo entre las religiones y la paz, convocó a los líderes de todas las religiones mundiales a acudir a Asís para rezar juntos por la paz. Era octubre de 1986. Aquel encuentro abrió una puerta, un modelo de diálogo interreligioso imprescindible en el mundo de hoy.

\* Responsable de la Comunidad de Sant'Egidio en España. Madrid.

En aquel histórico encuentro, los diferentes líderes religiosos no se encontraron para negociar ni para discutir de teología, no se trataba de un Parlamento de las religiones, sino de un encuentro de oración. Asís 1986 nació de la compasión ante el dolor de millones de hombres y mujeres de este mundo castigados por la guerra y sus secuelas. Y nació con la convicción de que la compasión por ese sufrimiento es una compasión que comparten todos los creyentes de todas las religiones, porque el dolor une a la gente de diferente religión en la compasión, porque el creyente no pregunta a quien sufre cuál su religión o su nación, sino que ve en él a una criatura de Dios.

La Comunidad de San Egidio sintió que aquel acontecimiento no podía permanecer aislado, que no podía convertirse tan sólo en la obra maestra de un día. Había que continuar ese lenguaje de diálogo. De esa manera nació un movimiento que año tras año ha reunido a hombres y mujeres de diferentes tradiciones religiosas, para rezar unos junto a otros y también para construir un diálogo común y comprometedor sobre temas religiosos pero también sobre las grandes cuestiones del mundo contemporáneo. Es un movimiento que ha cumplido veinte años de historia el pasado mes de septiembre, en el encuentro que ha tenido lugar nuevamente en Asís, conmemorando aquel primer e histórico evento.

A lo largo de estos veinte años de encuentro y de diálogo, hemos podido comprobar cómo del diálogo se liberan energías de paz que pueden cambiar el mundo. En el contexto de estos encuentros, la Comunidad de San Egidio ha gestado procesos importantes de paz y de reconciliación, como ha sido el caso de Mozambique, envuelto en una cruel guerra civil que duró 16 años y produjo un millón de muertos y más de tres millones de desplazados. La Comunidad de San Egidio, aplicando la sabiduría del papa Juan XXIII de buscar lo que une

más que lo que divide, consiguió poner fin a esa olvidada guerra africana y generar una paz que el próximo 4 de octubre cumplirá quince años. Cabe destacar también el caso de Argelia, donde Sant'Egidio consiguió reunir a todos los grupos implicados en el conflicto, algunos de ellos de marcado corte islamista, promoviendo un diálogo entre ellos que dió lugar a la denominada "Plataforma de Roma", que a día de hoy sigue siendo el único punto de partida para retomar una salida dialogada del conflicto.

Estas y otras muchas experiencias han hecho madurar en nosotros la conciencia de que los creyentes pueden contribuir a la paz mucho más de lo que ellos a veces creen. Los creyentes, las religiones, tienen una fuerza débil de paz. Una fuerza débil porque no se impone con la violencia, sino que se abre camino por medio de la palabra y de la autoridad moral. Débil sí, pero fuerza al fin y al cabo porque tiene poder suficiente como para cambiar el rumbo de la historia. Esta conciencia nos compromete y nos empuja a esperar más y a osar más para que muchos países del mundo dejen de conocer la atroz experiencia de la guerra o del odio civil.

¿Qué pueden hacer los hombres y mujeres de las diferentes religiones? El encuentro de 1986 se produjo en pleno periodo de guerra fría, cuando el mundo era rehén de una lógica bipolar donde los diferentes países se alineaban bajo la órbita de alguna de las dos principales potencias enfrentadas. Parecía que con la caída del muro de Berlín se iba a inaugurar una nueva estación de paz, sin embargo, con el fin de la guerra fría los conflictos se han multiplicado, y la violencia se ha difundido terriblemente bajo la forma de la amenaza terrorista. Convivir se ha convertido en la condición humana. Convivir es hoy la realidad de los pueblos y de las religiones, y también es el futuro. Pero convivir no siempre es fácil.

Año tras año, siguiendo el camino trazado en Asís en 1986, hemos ido

construyendo un escenario de paz y diálogo. Estos encuentros han sido una imagen viva de la convivencia entre las diferentes religiones, no una imagen aislada, sino un icono de futuro, una esperanza para el mundo. A lo largo de estos veinte años hemos contemplado cómo las grandes tradiciones religiosas constituyen un patrimonio de paz. Las diferencias entre las religiones no son un obstáculo, sino que representan la compleja geografía espiritual del mundo. Diferencias y diálogo son las herramientas que permiten alargar la mirada al mundo entero. Son el camino para encontrar el sentido de la convivencia entre personas de religión diferente.

Tras los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, la Comunidad de Sant'Egidio ha reunido cada año a representantes católicos, ortodoxos, evangélicos, judíos y musulmanes para afirmar juntos que "La Paz es el nombre de Dios". Estos encuentros representan una verdadera respuesta de paz a la barbarie del terrorismo que se cierne sobre nuestra convivencia a la vez que han liberado los mejores sentimientos del corazón humano: incluso palabras de perdón por parte de las víctimas. ¿Se trata de una voz demasiado débil delante de la fuerza con que se proclaman los

odios en nuestra sociedad? Se trata más bien de la respuesta que derrota de raíz el objetivo del terrorismo que nos quiere enfrentados unos a otros. Aunque las religiones no tienen la fuerza política para imponer la paz, sí que pueden, transformando al hombre desde dentro e invitándole a distanciarse del mal, crear un clima de paz y reconciliación que ayude a cicatrizar heridas y a prevenir conflictos. Las religiones son diferentes, pero el diálogo entre ellas es ya un signo de esperanza: que los hombres y mujeres no se volverán a asesinar en el nombre de Dios y no evocarán a Dios para santificar sus odios. La esperanza es que, descubriendo el rostro de Dios, los hombres y las mujeres descubrirán el valor de la paz en un mundo como el nuestro.

Las religiones son capaces de reunir en una misma familia a pueblos distintos. Hoy deben seguir haciéndolo ante escenarios más amplios, con brazos más largos. Hoy la paz necesita que todos aprendamos a vivir juntos aun siendo diferentes, y los creyentes pueden mostrar al mundo que la oración recuerda que, por encima de cualquier diferencia, todos somos hermanos y hermanas y tenemos un destino común cuyo nombre es PAZ.